

HISTORIAS DE ABUELAS

“NUNCA MÁS SUPIMOS NADA DE ELLOS. NOS PARTIERON LA FAMILIA POR LA MITAD”

ADELA ESTHER JAÚREGUI DE CARRERA PERDIÓ A SU YERNO, A SU HIJO Y LA MUJER EMBARAZADA, POR LA ÚLTIMA DICTADURA MILITAR. EN SU LARGA BÚSQUEDA NO HA DEJADO PUERTA DE ORGANISMOS SIN GOLPEAR.

Por **Martina Noailles**

“Yo me siento como el fogueito de las brasas tapaditas por la ceniza”, dice Esther en su casa de siempre de Godoy Cruz. Con esa imagen elige dibujar su presente. En aquella frase resume su esperanza, ese viento fresco que de la mano del nieto a quien busca desde el primer día, reavivaría el fuego que aún vive en sus 78 años.

Aunque su primer nombre es Adela, prefiere que la llamen Esther. “Esther Jaúregui de Carrera, la mamá de Marcelo”, se presenta rápidamente. Marcelo es el hijo que la dictadura le arrancó cuando apenas tenía 23 años. Nunca más supo de él, ni de su esposa Adriana, embarazada de dos meses.

La historia de la familia de Esther es similar a la de muchos argentinos. Sus padres, vascos, escaparon de una Europa en guerra en busca de un país con pan, paz y trabajo. Cada uno por separado, llegaron a una imponente Buenos Aires sin hablar ni una sola palabra en castellano. Aquí se conocieron y como otros tantos inmigrantes eligieron el interior del país, donde miles de hectáreas de tierras esperaban ser sembradas. Así llegaron a La Dormida, un pueblito de Mendoza, donde compraron unos terrenos que alguien les vendió sólo a través de fotografías. Una vez instalados, adquirieron un molino y una vaca; armaron una huerta y, ladrillo sobre ladrillo, construyeron la casa donde nacería Esther y sus hermanos.

Con Esther adolescente, luego de un año como pupila en un colegio de la ciudad, la familia entera se mudó a una casa en plena capital. Por esa época, en la escuela industrial femenina, empezó su atracción por las manualidades. “Todo lo que se hacer con las manos me gusta mucho. Sé hacer bordados, pintura, batidos, cualquier cosa”, dice mientras señala un espejo colgado en su living, con marco de aluminio patinado por ella misma. En aquella casa del centro mendocino conoció a Guillermo Carrera, un rubio vecino, siete años mayor que ella, con quien luego de tres años de novia se casó. Guillermo trabajaba en una farmacia de un tiro pero no les fue bien. Los hijos se avvicinaban, así que primero entró a una tienda muy grande de Mendoza y luego comenzó el curso de visitador médico, su trabajo hasta la jubilación.

Con Esther dando cursos de manualidades y Guillermo viajando durante la semana junto su valija de remedios, nacieron dos hijos, Marí y Marcelo. “Con los chicos vivíamos en una casa muy grande, que para todos fue inolvidable”, recuerda Esther. La casona con enormes habitaciones, vestíbulos y galerías se convirtió con los años en la casa de los chicos del barrio. “Era la casa ideal para que jugaran. Todos los días venían los amigos de Marí y de Marcelo a jugar a los pistoleros y a la escondida en el patio y el jardín. Yo les hacía café con leche y pan con mermelada casera, que todavía hoy, cuando me encuentran por la calle, todos ellos recuerdan. A mí me encantaba... he sido muy madre”, dice emocionada.

De aquella época, Esther recuerda



Esther, como le gusta que la llamen, en su casa de Mendoza.

“YA PASARON MÁS DE 25 AÑOS. SIN EMBARGO, NUNCA DEJAREMOS DE BUSCAR A ESE NIÑO”.

hermosos momentos de su vida, como las eternas tardes de domingo en las que los cuatro salían a andar en bicicleta hasta “lugares lejes”, o a Marcelo subiéndose a los ciruelos del jardín y ella rogándole que se baje “por miedo a que se caiga, aunque, como a él le gustaba, siempre se volvía a subir”. Cuando Marcelo ya había terminado la primaria y Marí estaba en Buenos Aires estudiando teatro, la familia dejó la enorme casona de la capital mendocina y partió a Godoy Cruz, donde compraron una casa en un barrio construido a través de un plan de viviendas. Si bien los departamentos estaban destinados a los trabaja-

dores de una fábrica de la zona, el contador de la compañía, amigo de Guillermo, les contó que sobraban casas y les ofreció comprar una. Así fue que se instalaron en Godoy Cruz, ciudad en la que aún vive Esther.

“A Marcelo no le gustaba mucho ir a la escuela. Así que no terminó la secundaria y entró a trabajar a YPF. Ahí estaba a sus anchas, le encantaba trabajar, tenía asistencia perfecta, era buen compañero”, dice Esther con orgullo. Por esos años, su hijo conoció a Adriana Bonaldi. La Colo, como le decían por su pelo rojo, era profesora de música en un colegio cerca de la nueva casa y en una escuela rural muy pobre. Luego de un año como pareja, Marcelo y Adriana, ambos de 23 años, se casaron, “aunque más para complacer a los mayores –aclara Esther–, ya que ella había quedado embarazada”. Tan sólo un mes después, el 24 de noviembre de 1976, un grupo de encapuchados entró a la casa de los jóvenes. “Venimos de YPF a hablar con vos”, le dije-

ron a Marcelo. Luego ataron a Adriana en el baño y se llevaron a Marcelo junto a todos los regalos del casamiento. Algunos meses antes, los militares se habían llevado al marido de Marí, Juan Rubén Bravo.

Luego del secuestro de Marcelo, Esther acompañó a Adriana a la comisaría de la zona. Un comisario la había llamado para decirle que su marido iba a salir pronto y que fuera a la seccional “a conversar”. Esther no quiso dejarla sola. “Fuimos con todas las esperanzas, cómo uno va a imaginar tanta maldad”, se pregunta todavía. En la comisaría, le impidieron el paso cerca de E Esther, y a Adriana le preguntaron qué iba a hacer y dónde estaría al día siguiente ya que, supuestamente, liberarían a Marcelo. Ese día, a la salida de su trabajo, también fue secuestrada. Adriana, de dos meses de embarazo, no había querido abandonar Mendoza para buscar a su marido.

“Nunca más supimos nada de ellos. Primero Rubén, el esposo de Marí, después Marcelo y luego Adriana,

con su bebé. Nos partieron la familia por la mitad”, dice Esther quien des de ese momento no cesó en la búsqueda, primero de su hijo, su nuera y su yerno, y luego del bebé que debió nacer entre junio y julio de 1977.

Y en esa búsqueda no dejó puerta sin golpear ni organismo sin reclamar. Comenzó a reunirse con otras madres, padres, hermanos y esposos que también trataban de saber algo de sus familiares desaparecidos. “Primero nos juntábamos en casa pero nos vigilaban. Sabían que nos reuníamos acá, una vez pude encontrar tan me seguían por todos lados... así fue que empezamos a juntarnos en la Iglesia de Castel Monte”, recuerda Esther. Luego de visitar distintas iglesias y hasta el mismo arzobispado de Mendoza, sin respuesta, un sacerdote francés, capellán de Castel Monte, les permitió reunirse en la capilla. Esther asistía a los encuentros alternadamente con su hija, ya que Marí ya había tenido a Nazareno, en aquel momento de poco más de un año:

“Para que no viviera esas reuniones tan horrosas con todos y niños llorando desesperados, quisimos resguardarlo de tanto dolor y muchos veces yo me quedaba cuidándolo”. En aquellas reuniones, los familiares armaban carpetas y listas con todos los datos para enviarlos a donde fuera, desde los ministerios hasta el Vaticano. Esther se pasaba noches copiando listas o sirviendo cafés a quienes lo hacían. También viajó decenas de veces a Buenos Aires a juntarse con las Madres que ya se habían comenzado a organizar en la capital. “Con Marí hemos hecho cosas de locos, hasta meternos en comandos, pero con el ansia de saber algo, de traer una noticia, una esperanza, uno pierde la noción del peligro”, reconoce. Mientras buscaba a Marcelo, Adriana y Rubén, Esther había sacado la cuenta de cuándo podría nacer su nieto y lo esperaba con los brazos de abuela abiertos. Fiel a su pasión por las manualidades y las artesanías, preparó el moisés y tejó ropita de invierno para el bebé. “Era una cosa de locos porque cada vez que sonaba el telé-

ACOMPANADA POR SU HIJA Y EL RESTO DE SU FAMILIA, ESTHER CONTINÚA LA BÚSQUEDA DE SU NIETO, A QUIEN IMAGINA VARÓN.

fono o alguien tocaba el timbre mi esposo, Marí y yo salíamos corriendo. Tanto es así que nuestra gaita aprendió a correr con nosotros, ella nos ganaba, se subía al teléfono y nos miraba”, recuerda con tristeza aunque sin bajar aquellos brazos de abuela que aún esperan encontrar a su nieto.

Y en esa espera ya no la acompaña Guillermo. Para su marido aquellos años fueron de tanto dolor, que el sufrimiento se convirtió en enfermedad. “Nunca en la vida había tenido nada. Era sano, robusto y fuerte. Desde ese momento se enfermó de todo –relata Esther–. Primero estuvo al borde de un coma diabético, luego úlceras, se le partían las muelas por su contractura, le artrosis y finalmente un cáncer... sufrió horrosos, no pudo salir...”. Ahora, acompañada por su hija y el resto de su familia, Esther continúa la búsqueda de su nieto, a quien imagina varón, y no pierde las esperanzas de encontrarlo. “Ya pasaron más de 25 años. Sin embargo, nunca dejaremos de buscar a ese niño”.